

de gracias por su salvacion. Tal fué la célebre batalla de Otumba, la cual tuvo efecto el 8 de Julio de 1520, y en ella perecieron mas de veinte mil indios. La fortuna contribuyó á dar la victoria á los españoles.

CAPITULO VI.

Desde la batalla de Otumba, hasta la caída del imperio azteca.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES Á TLASCALA: Cuitlahuatzin, décimo rey de México: embajada de México: descontento del ejército: guerras con las tribus convecinas: Cuauhtemoztin, undécimo emperador de México. Marcha de los españoles á Tezcoco: su entrada en esta ciudad: saqueo de Ixtapalapan: traslacion de los bergantines. Expediciones contra las ciudades de Jaltocan y Tacuba: escaramuzas con el enemigo. Expedicion de Sandoval: llegada de unos refuerzos. Conclusion del trabajo de los bergantines: distribucion del ejército: suplicio de Jicotencatl. Principio del sitio de México: entrada de los sitiadores en la ciudad: nuevas entradas en la capital: confederaciones de algunas poblaciones del lago con los españoles. Estado deplorable de los mexicanos: último ataque y toma de la ciudad. Reflexiones que hace Prescott sobre los sucesos de la conquista de México.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES Á TLASCALA: Cuitlahuatzin, décimo rey de México: embajada de México: descontento del ejército: guerras con las tribus convecinas: Cuauhtemoztin, undécimo emperador de México. (1520). Al siguiente dia de la gran batalla de Otumba, 8 de Julio, los españoles alcanzaron la muralla que separaba el territorio mexicano de el de la república, y se detuvieron algunas leguas de la capital en la ciudad de Huejotlipan, compuesta de doce á quince mil habitantes. No dejaba de inquietarles el temor de la manera con que serian recibidos; porque fuertes y poderosos en la campaña del anterior año, el miedo pudo acaso contribuir á la alianza que se había estipulado con ellos; mas hoy débiles, sin víveres, sin municiones, sin medios de defensa, todos heridos y estenuados de fatigas, tenían en contra suya la política y el interés de aquellos republicanos. No contaban con otros protectores que las virtudes de sus generosos huéspedes: ellos, cuya bravura era tan notoria como su fidelidad á la fé jurada, los acogieron en clase de desgraciados hermanos que reclamaban su proteccion. El cacique Maxixcatzin y el jóven Jicotencatl, salieron á recibirlos hasta Huejotlipan. El capitán español, cumplimentado como si viese de alcanzar una victoria, fué recibido á los tres dias en la ca-

pital con mas pompa y magnificencia que cuando entró la vez primera. El y su acompañamiento se alojaron en el espacioso palacio de Maxixcatzin; y el resto de las tropas fué hospedado en los términos del señorío del cacique.

El presidente del senado de Tlascala, aunque oprimido por la muerte de su hija y compañera de Marina, que había perecido en el terrible combate de la *noche triste*, se esforzó en halagar á Cortés con la esperanza de un pronto y completo desquite. Las mujeres le suplicaban que se preparase á vengar la muerte de sus hijos y maridos. Se le aseguró que todas las fuerzas de la república se pondrian á su disposicion, y cada dia sonaba en sus oidos el grito de guerra y muerte á los mexicanos. Los españoles pudieron convencerse de que con el auxilio de semejante pueblo, nada tenia de dudosa la conquista del imperio de los aztecas. Deseando Cortés mostrar su gratitud por esta generosa acogida, distribuyó con mano liberal entre las personas principales de la república, todo el botín que había hecho en Otumba, y el oro que había traído de los palacios de México. Encargó á sus soldados que conservasen la mejor armonía con los habitantes, conformándose á sus usos y costumbres, tolerando sus preocupaciones, á fin de que se cimentase mas y mas la buena inteligencia que reinaba entre las dos naciones. En medio de los regocijos que se siguieron á su regreso, las últimas heridas que recibió en la campaña contra los mexicanos, se agravaron de tal manera que le ocasionaron una calentura cerebral, y el héroe probado en cien batallas peligrosas y que había desafiado á la muerte innumerables veces, se vió en vísperas de dar punto á las gloriosas hazañas que meditaba en su pensamiento; pero su excelente constitucion lo hizo superior á la vehemencia de su enfermedad, y se asegura que debió la vida á la habilidad de los médicos del país. El interés que los tlascaltecas tomaron en su restablecimiento á la salud, debió convencerle que todo podia esperarle de su caballerosa amistad.

Mientras los españoles descansaban bajo el techo hospitalario de estos fieles aliados, los aztecas se ocupaban en reparar sus pérdidas y elegir un emperador. La eleccion recayó en Cuitlahuatzin, hermano de Moctezuma, su íntimo consejero y general del ejército. Al acendrado odio que abrigaba contra los extrangeros, cualidad recomendable á los ojos de los electores, reunia las demás virtudes necesarias para gobernar en la delicada circunstancia que se hallaba el país. Su gusto á las artes le había dado á conocer como gefe ó señor de Ixtapalapan; pues se le debía la construccion del hermoso palacio de aquella residencia, y los lindos jardines que han merecido tanto encomio de los historiadores nacionales. Su bravura se había hecho célebre entre los habitantes de Anáhuac; él mandaba en persona el ejército hácia los últimos dias de la ocupacion de México, y había dirigido todos los ataques durante la ter-

rible noche de desolacion. En cuanto puso los piés sobre el trono de sus mayores, fijó su conato en volver á aquella capital el esplendor que habia perdido; pues mandó reconstruir las casas destruidas, los templos quemados, y reparar las antiguas fortificaciones, levantando otras nuevas; dirigió un llamamiento á todas las provincias, excitándolas á unirse á él contra los extrangeros; eligió enviados entre los principales señores de su córte, con la mision de estimular el patriotismo de todos los pueblos aliados ó vasallos de la corona; prometió hacer libres de tributos á los que combatesen por la defensa comun, y procuró separar á Tlascala de la alianza con los españoles, encargando esta tentativa á hombres consumados en tan difíciles negociaciones.

La embajada se componia de seis nobles que llevaban un regalo de algodón y sal, y otros artículos de que se carecia en la república. Admitidos ante el senado, y recibidos con todas las consideraciones que estos pueblos concedian á los embajadores, rogaron á la venerable asamblea que olvidase la antigua enemistad de ambas naciones, y que únicamente se viese el comun interés de todos los estados del Anáhuac, á la par amenazados por los españoles en su independencia política, su culto religioso y sus libertades. Eu seguida propusieron una alianza ofensiva y defensiva, y concluyendo por el mas importante objeto de su mision, suplicaron á la república que destruyese á aquellos extrangeros enemigos de los dioses y de la patria, mientras se hallaban hospedados dentro de las murallas de su capital. Estas propuestas debian ser rechazadas por la lealtad tlascalteca; pero sin embargo de una fuerte oposicion por parte de los gefes de la república que preveian los futuros destinos de su patria, el jóven Jicotencatl, el guerrero que mandaba los ejércitos republicanos, á quien Cortés habia vencido en muchos combates, se mostró el mas acérrimo partidario de la política mexicana y el mas ardiente adversario de los españoles; porque creyendo adivinar sus intenciones, no tuvo inconveniente en decir que querian emplear una parte del Anáhuac para poner el yugo á la otra, reservando á sus aliados despues de su victoria, igual suerte á la de los vencidos. Los partidarios de los españoles, á cuya eabeza se hallaba el viejo Maxixcatzin, trataron al jóven profeta como á verdadero sedicioso; lo echaron de la asamblea como traidor á su patria, é iban á llamar á los embajadores para manifestarles la negativa del senado, cuando supieron que habian dejado la ciudad secretamente, temiendo la cólera del pueblo que ya murmuraba al verlos dentro de sus muros. Los senadores se esforzaron en ocultar á los españoles tanto el objeto de esta embajada, como la discusion que sobre ella se habia suscitado en el auditorio; pero no lo ignoró Cortés, quien redobló de atenciones para con sus partidarios, llenando al mismo tiempo de agasajos á sus adversarios, á fin de atraerse mas y mas á los primeros y triunfar de la adver-

sion de los segundos. Por esta razon pidió y obtuvo gracia para el jóven Jicotencatl, puesto en prision y destituido del mando por orden del senado. Este rasgo de generosidad le produjo una completa aura popular.

No contento el senado con darle tantas pruebas de deferencia y amistad, se mostró dispuesto á prestar juramento de obediencia al rey de España, lo que fué para las ideas de Cortés un hermoso triunfo: los cuatro gefes de la república renunciaron al culto de los idolos y abrazaron la religion católica, habiéndolos bautizado el padre Olmedo, religioso humano, muy tolerante, en extremo sagaz, y negociador de esta especie de conversiones. Es probable que cierto número de cortesanos, empleados del gobierno, siguiesen á su vez el ejemplo de los gefes, y puede suponerse que el culto cristiano amoldándose á las antiguas ideas religiosas del pais, hizo desde aquél momento algunos progresos en aquella parte del Anáhuac.

Restablecido Cortés de su enfermedad y curado de sus heridas, no dejó un instante de pensar en los medios de volver á tomar la ofensiva, para proseguir sus interrumpidos proyectos de conquista. Aunque su posicion era menos alagüeña que á su salida de Tlascala, no por eso podia considerarse crítica en aquellas circunstancias; pues la colonia de Veracruz estaba intacta y en un estado de prosperidad; los zempoaltecas permanecian fieles, y la adhesion de los de Tlascala era ilimitada. Todavía tenia á sus órdenes un cuerpo de españoles tan numeroso, como el que mandaba cuando hizo su primera salida para México. Conocia mejor el territorio y los habitantes del pais, y aleccionado ya por los reveses que acababa de experimentar en la ciudad de México, se convenció de que era preciso enseñorearse de los lagos para apoderarse de ella. Para el buen resultado de este nuevo plan de campaña, mandó cortar en las montañas vecinas la madera necesaria para la construccion de tres bergantines, que debian ser trasportados á las orillas del lago en piezas separadas, para unir las y arrojar aquellos al agua cuando fuese necesario, habiendo mandado traer de Veracruz el hierro, mástiles y los aparejos que se habian echado á fondo; sacó de aquellos mismos almacenes algunas municiones y dos ó tres piezas de campaña; puso á disposicion de algunos oficiales de su confianza, cuatro buques de la expedicion de Narvaez, y les encargó que fuesen á Santo Domingo y á la Jamaica para reclutar gente, comprar caballos, pólvora y armas de guerra.

A la vista de estos preparativos que anunciaban nuevas fatigas y nuevos peligros, el espíritu de sedicion y descontento estalló entre los soldados antiguos de Narvaez, la mayor parte labradores de Cuba, los que habian ido á Nueva-España solo para fundar en ella una colonia y no para hacer la guerra. Los últimos acontecimientos de México no eran á propósito á inclinarles al estado militar ni á

infundirles pasión por las empresas aventureras. Toda la elocuencia de Cortés para desviar estos soldados de su resolución, fué inútil é insuficiente á desvanecer el temor de nuevos peligros; pues nada pudo triunfar del espanto que habia producido la tenacidad de los aztecas. Los ruegos y regalos se hicieron inútiles en estas críticas circunstancias, y los labradores de Cuba se tranquilizaron únicamente con la promesa de restituirlos á esta isla, tan luego como fuera terminada la expedición que Cortés iba á emprender contra la provincia de Tepeaca; pues cuando supieron que se trataba de vengar la muerte de algunos de ellos asesinados cobardemente por los indios, se ofrecieron voluntariamente á formar parte de esta justa y necesaria empresa. Los gefes de esta provincia, que estaba dividida en pequeños estados confederados en las inmediaciones de Tlascalala, habian acogido desde un principio á los españoles con mucha benevolencia y se habian declarado de su propia voluntad vasallos de la corona de España; pero el miedo que obró en ellos en aquellas circunstancias, los determinó despues á hacer lo mismo con los mexicanos, viendo que la fortuna abandonaba á los españoles. No solo se atrevieron á matar algunos que llenos de confianza marchaban desde Tlascalala á Veracruz, sino que tambien ocuparon este camino como enemigos, y recibieron guarnición mexicana. Era necesario castigarlos por tal perfidia y restablecer las comunicaciones; pero en los momentos de disponerse Cortés á convidar á sus aliados para unirse á él, le dijeron que los tepanecas acababan de invadir el territorio de la república. Los senadores le suplicaron entonces que tomase parte en sus intereses, y tuvo la buena suerte de conceder como una gracia, lo mismo que tenia intención de solicitar pocos minutos antes. El capitán español se puso en marcha á la cabeza de cuatrocientos veinte castellanos y seis mil arqueros tlascaltecas, mientras que el jóven Jicotencatl reunia un numeroso ejército de reserva, en los demás pueblos de la república. Huexotzinco y Cholula aprontaron su respectivo contingente; de suerte que esta reunion de indios ascendia á ciento cincuenta mil hombres, segun opinion de algunos historiadores de aquellos tiempos. El resultado de la campaña no era dudoso en presencia de estas formidables fuerzas; los tepanecas salieron al encuentro del enemigo con su acostumbrado brio y arrogancia; pero despues de algunas semanas y de diferentes combates, tuvieron que abandonar el campo en completa derrota y confusion. Todas las ciudades confederadas fueron entregadas al saqueo y sometidas, sus habitantes reducidos á la esclavitud, marcados con un hierro ardiendo como las bestias de carga, y divididos entre españoles y sus aliados como un objeto de mercancia. Cortés mandó levantar en la capital de los tepanecas algunas fortificaciones, y dió á Tepeaca el nombre de Segura de la Frontera (1).

(1) Las ciudades que los españoles improvisaban entonces en México,

Los mexicanos que ocupaban otras ciudades de esta parte del Anáhuac, en las que contaban muchos gefes tributarios, una de las cuales (Itzocan) estaba mandada por un príncipe de la sangre real, fueron batidos en todos los encuentros, ya por Cortés en persona, ya por sus capitanes, que operaban particularmente sobre toda la línea de comunicacion entre Tlascalala y Veracruz. Solamente en una de estas expediciones engañó la fortuna al valor de los españoles; pues ochenta de ellos á las órdenes del capitán Salcedo, encargados de apoderarse de Jochtepec, ciudad grande á las orillas del rio Papaloapan, en donde los mexicanos tenian guarnición, fueron cogidos y todos perecieron; pero otro destacamento á las órdenes de los capitanes Ordaz y Dávila, tomó la ciudad y la entregó al pillage de los aliados. Todos los mexicanos sufrieron la ley del sangriento sacrificio, y la sangre india corrió á torrentes en el campo de batalla; pero esta terrible venganza no devolvió á Cortés los ochenta adalides españoles, cuya falta se hacia irreparable en aquellas circunstancias de completo aislamiento.

Sin embargo, esta campaña de algunos meses tuvo felices resultados; pues volvió á los españoles con su energía, el conocimiento de la superioridad que tenian sobre sus enemigos; acostumbró á los tlascaltecas á obrar de concierto con ellos, y á familiarizarse con la disciplina y táctica europea; enriqueció su pais con los despojos de las provincias vecinas; cimentó su alianza por medio del interés; los dispuso á concederle cuanto exigia, seguros de que con él debian alcanzar siempre la victoria, y la nueva estrella del caudillo apareció mas brillante que en los pasados dias. Le llegaron hombres que nunca entraron en sus futuros proyectos de conquista, y para un general que apenas mandaba cuatrocientos soldados de su nacion, nada tenia de insignificante un inesperado refuerzo de doscientos valientes, que obtuvo de aquellos mismos que conspiraban á su perdición en la isla de Cuba. Engañado el gobernador de ella acerca de los adelantos de Narvaez, le mandó cien hombres y algunas municiones de guerra; pero los dos pequeños barcos que las conducian, se presentaron en el surgidero de Veracruz como en un puerto amigo, y el oficial que allí mandaba, en nombre y con prevencion de Cortés, permitió al capitán del buque y á la tripulacion que desembarcasen, lo que no tardaron en hacer, persuadidos de que el pais estaba en poder de Narvaez. El oficial no tuvo el mayor trabajo en apoderarse de ellos y mandar dismantelar el buque, persuadiendo á soldados y marineros á unirse á la suerte de su general. Habiendo llegado despues una escuadrilla de tres ve-

eran ordinariamente un nombre nuevo dado á una antigua ciudad, en la cual se levantaba un fuerte para colocar algunos inválidos, ó se establecian cierto número de oficiales civiles y jueces. Hace mucho tiempo que se ha olvidado completamente el nombre de Segura de la Frontera, mientras que el de Tepeaca existe todavia.

las al mismo punto, corrió la misma suerte y su tripulación se adhirió á la causa de Cortés. Estos tres buques formaban parte de una flotilla armada por Francisco de Garay, gobernador de la isla de Jamaica, á quien se habia destinado á repartir las tierras conquistadas en la Nueva-España. El mal tiempo los habia impelido al norte del golfo mexicano, y el hambre los obligó á buscar víveres en el puerto de su enemigo.

Aun llegaron otros buques á favorecer su buena fortuna: pues en el mismo puerto de Veracruz entró por este tiempo un buque europeo cargado de municiones. Cortés compró todo este cargamento, pagándolo generosamente, y seducida la tripulación por el oro que se le tributaba á manos llenas, no quiso volver á la mar y se resolvió á seguir la suerte de sus compañeros. El ejército de Cortés tuvo en pocos dias el aumento de ciento ochenta hombres y veinte caballos, cuyas fuerzas son á la verdad bastante escasas para merecer un lugar en la historia de los paises; pero si se considera la época que nos ocupa en la narracion de los acontecimientos de América, eran de una importancia relativa para decidir los destinos de los grandes imperios. Estos refuerzos permitieron al general cumplir su promesa, dando licencia absoluta á los soldados de Narvaez, quienes preferian la tranquila vida de Cuba á los azares de la guerra. Entre ellos tuvo el sentimiento de contar á Andrés de Dñero, al que habia salvado la vida en una de las calles de la populosa ciudad de México. Alvarado no los abandonó hasta verlos embarcar en el surgidero de Veracruz. Sin embargo de estas bajas que minoraron las filas de los aventureros españoles, Cortés se vió todavía á la cabeza de quinientos cincuenta hombres de infantería, de los cuales habia ochenta armados de mosquetes ó arcabuces, y cuarenta caballos, contando además con nueve piezas de campaña y abundante cantidad de municiones. Desde entonces se proponia ponerse en marcha con direccion á la ciudad de México, sin mas elementos que esta corta division, diez mil tlascaltecas y otros indios auxiliares. Habian trascurrido ya seis meses desde su fatal retirada, y no solo estaba impaciente de borrar su memoria con un gran triunfo, sino que tambien queria dar un rico imperio á su patria en las regiones del nuevo mundo.

La ciudad de México estaba entonces en un estado respetable de defensa, y para hacer mas insuperable la aproximacion de los enemigos, toda la ciencia estratégica de los indios habia trabajado de consuno. Sus habitantes ponian una entera confianza en su jóven y valiente monarca, y éste se mostraba superior á las graves circunstancias en que se hallaba colocado. Se entregaba enteramente á los multiplicados trabajos con que intentaba salvar su pueblo, que fué á la sazón víctima de una enfermedad hasta entonces desconocida de los americanos, las viruelas, comunicadas por un esclavo moro que formaba parte de la expedicion de Narvaez. La in-

vasion de este terrible mal habia principiado por los estados de Zempoala y Tlascalala, causando infinitas víctimas antes de comunicarse á las tierras mexicanas. Cortés tuvo que llorar la muerte de su viejo y fiel amigo el príncipe Maxixcatzin. Otros altos personajes perecieron tambien, y en los pueblos circunvecinos se contaban á millares las víctimas. Los que escapaban de esta terrible enfermedad, eran un objeto de horror para sus compatriotas; pues las señales que quedaban marcadas en sus rostros, los hacian desconocidos aun á los ojos de sus familias. Era una triste novedad á que la vista no podia acostumbrarse. No fué menos mortífera tal epidemia en la ciudad de México, donde sus habitantes tuvieron que llorar la sensible muerte de su jóven monarca, á los tres ó cuatro meses de un reinado de continua agitacion, y los ánimos no se distrajeron de tan cruel azote, sino con motivo de las fiestas que se preparaban para la eleccion de un nuevo rey. El príncipe Cuauhtemotzin, jóven de veinticinco años, lleno de talento y valor, fué escogido para suceder á su tío en los derechos de la corona. Mucho menos versado que aquel en asuntos de guerra, creyó continuar sus disposiciones militares y adoptar su política por norma de su conducta. Empero, la providencia le preparaba la mas acerba prueba; pues debia ser testigo de la dilatada agonía de su pais y cerrar la lista de sus reyes.

Marcha de los españoles á Tezcoco: su entrada en esta ciudad: saqueo de Ixtapalapan: traslacion de los bergantines (1521). Era el día 28 de Diciembre de 1520: despues de haber Cortés pasado revista á toda su gente, y publicado diversos reglamentos para asegurar el respeto á las personas y á las propiedades, avanzó hácia á las tierras de los mexicanos y entró en Tezcoco el último dia del año. Algunos nobles que salieron á recibirle con muestras de la mayor complacencia, tuvieron el gusto de acompañarlo hasta el palacio de las reales personas, en el que todos los españoles pudieron alojarse con comodidad. El rey se fugó por la noche y buscó asilo en la ciudad de México, seguido de un gran número de sus súbditos, con harto sentimiento de Cortés, que hubiera querido servirse de él como de un instrumento útil; pero muy pronto encontró el medio de reemplazarle de un modo mas conveniente á sus designios.

Quando los españoles entraron en Tezcoco la primera vez, no solo se declaró por ellos un príncipe jóven llamado Ixtlilxochitl, sino que aun les ofreció como aliados el ejército que tenia bajo sus órdenes. A pesar de esta buena voluntad manifestada desde un principio, Cortés lo detuvo en México durante su permanencia en esta ciudad, conduciéndolo despues á Tlascalala al efectuar su violenta retirada. Notando el general que tenia muchos partidarios entre los gefes de su pais, lo hizo venir inmediatamente y lo presentó á la nobleza; su elevacion al trono no causó repugnancia de ninguna especie, y este príncipe que habia vivido tanto tiempo entre los es-

pañoles, familiarizándose con sus costumbres, usos é idioma, se mostró desde luego ardiente partidario de sus intereses; pues no solo consiguió unirse el afecto de las grandes familias de su reino, sino que les hizo importantes servicios durante el sitio de México. Tomada y destruida esta ciudad por el valor de las tropas españolas, este príncipe les proporcionó un gran número de arquitectos y albañiles para su reedificación. Cortés eligió á Tezcoco para su cuartel general.

Esta segunda ciudad del Anáhuac, según opinión de todos los historiadores de aquellos tiempos, era grande y fuerte con muchísimas habitaciones y cómodas. La amabilidad se hacia notable entre las gentes del pueblo, cuya civilización era superior á la de los habitantes de las provincias circunvecinas: su proximidad al lago la presentaba como punto muy importante para la construcción de la escuadrilla, y para vigilar al mismo tiempo los movimientos del enemigo sin tener nada que temer de sus ataques.

Mientras se trabajaba en Tlascala para reunir y preparar todas las maderas de construcción, la actividad de Cortés que no tenia tréguas en aquellas críticas circunstancias, no cesaba de ocuparse de someter el país de los alrededores del lago, reduciendo insensiblemente la ciudad de México á sus propias fuerzas. De continuo se le veía, ya en persona ó por medio de sus capitanes, atacar algunas ciudades importantes del litoral, y hacer tratados con varios estados chicos, en lo antiguo independientes, que soportaban con impaciencia el pesado yugo de los aztecas. A los tres meses de haber ejercido de este modo su actividad, y habiendo sabido que los materiales de las flotillas estaban dispuestos, no perdió un momento en mandarlos conducir á orillas del lago. El capitán Sandoval, que de día en día crecía en su confianza y en la estimación del ejército, pues encargado de la espinosa misión de dirigir el transporte y escoltarlo, teniendo bajo sus órdenes doscientos soldados y quince caballos que le acompañaban. Como algunas partidas enemigas sostenían la campaña por el lado de Tlascala, era necesario espantarlos y castigar á los habitantes de Zoltepec, que habían sorprendido y asesinado cuarenta españoles y trescientos tlascaltecas, en los momentos de transitar por el camino de Veracruz á México. Sandoval dió principio con la ejecución de este castigo, que fué tanto mas riguroso, cuanto que al entrar en la cabeza de partido de este cantón, los españoles vieron todavía en el templo los ídolos teñidos con la sangre de sus compañeros. También contemplaron llenos de horror la piel de dos figuras humanas en uno de los altares, y la de cuatro caballos en las paredes del santuario, en las cuales leyeron escrita con carbon esta melancólica inscripción: *Aquí estuvo preso el sin ventura Juan Juste, con otros muchos que traían mi compañía.* Semajante espectáculo no permitió al general contener la cólera de los soldados, pues únicamente pudo salvar las mugeres y los niños que les pedían misericordia.

Sandoval continuó su marcha hácia la ciudad de Tlascala; pero entretanto volvamos los ojos á Cortés en su campamento de Tezcoco, donde empieza á realizar su plan de dominar las ciudades circunvecinas antes de poner sitio á la capital. Sus primeras miradas se dirigieron á la ciudad de Iztapalapan, lugar de cincuenta mil habitantes y que distaba seis leguas del cuartel general; porque los moradores de ella, involuntarios vasallos del último rey de México, debían pagar con usura los daños que su señor habia ocasionado al ejército extranjero en la memorable *noche triste*. Cortés salió de sus cuarteles á la cabeza de doseientos infantes, diez y ocho de á caballo y de tres á cuatro mil aliados tlascaltecas: Alvarado quedó en Tezcoco con una guarnición de mas de trescientos españoles y muchos aliados. Después de haber cruzado gran parte del camino por la orilla oriental del lago, que estaba cubierta de ciudades y hermosísimos cipreses, se internaron hasta colocarse á dos leguas de distancia de la antigua Iztapalapan, en cuyo punto les salieron al encuentro algunos cuerpos de indios que pretendían disputarles el paso; pero á pesar de la acostumbrada bravura que mostraron en el combate que se siguió á este encuentro, se vieron obligados á huir desordenadamente y dejaron el campo en poder de la invencible infantería española. Cuando ésta avanzó hasta media legua de la ciudad enemiga, persiguiendo siempre á los fugitivos que habian escapado de la batalla, no hizo caso del gran número de canoas que trabajaba en la calzada que entraba en el lago, y penetró por las puertas de la ciudad abandonada por sus moradores. Los fugitivos se refugiaron en las casas construidas sobre el agua, y mientras que los tlascaltecas se apoderaban de los efectos y cargaban los despojos, Cortés se propuso atacar al enemigo en sus últimos atrincheramientos. Después de haber peleado unos y otros con el agua hasta la cintura y la rabia en el corazón, los indios fueron derrotados en todas partes, y los infelices habitantes murieron bajo la venganza de los aguerridos tlascaltecas, cuya sed de sangre les hacia mirar sin distinción la edad y sexo de sus enemigos. En aquel encuentro perecieron mas de seis mil almas. Cuando los españoles se entregaban al saqueo en medio de las tinieblas de la noche, los indios se ocupaban en romper la calzada que comunicaba con el gran lago de Tezcoco. Alarmado el general con el ronco rumor que produjo la precipitación de las aguas sobre la ciudad, dió inmediatamente la orden de retirada y la abandonó con los suyos; pero á pesar de la diligencia que puso la tropa para ganar la tierra firme, llegó á un punto donde le fué preciso pasar por entre el agua con bastante dificultad. Todo el botín se perdió y algunos tlascaltecas murieron ahogados. Cortés entró el mismo día en sus cuarteles de Tezcoco, donde echó de menos á dos españoles y un caballo que habian muerto en la refriega.

Mientras que Cortés contemplaba el término de esta expedición

que habia desalentado sus esperanzas, el capitán Sandoval entraba victorioso en la república de los cuatro gefes. Todo estaba allí dispuesto para la marcha. Ocho mil indios llevaban las maderas cuadradas, las entenas, el cordage, los cables, las velas, las anclas, las municiones y los viveres. La prudencia y admirable cordura que Sandoval puso en obra para disponer el comboy y trazar el orden de marcha, se hacian notables en el pensamiento de un jóven de veintitres años de edad. Tenia á su disposicion treinta mil tlascaltecas que mandaba uno de los gefes de la república. Precedido el comboy por una fuerte vanguardia, flanqueado de numerosos destacamentos, con sus correspondientes descubridores, caminaba lentamente por un país muy escabroso y que no tenia ningun camino abierto, ocupando una estension de mas de seis millas, segun nos refiere el historiador Bernal Diaz del Castillo. Aunque algunas cortas partidas de mexicanos se dejaron ver á lo lejos, ninguna osó atacar el comboy durante el tránsito. La comitiva entró en Tezcoco con el mismo buen orden que habia salido de Tlascala, y Cortés y las tropas los recibieron con vivas aclamaciones de alegría, en medio de la sorpresa que experimentaban los indios á la vista de semejante espectáculo. Habiendo salido Cortés á recibir á Sandoval para hacerle este honor, abrazó á todos los principales gefes de las tropas aliadas, y les dió gracias por su fidelidad. En estos momentos el grito de „Viva, viva el emperador y Castilla, Castilla y Tlascala, Tlascala” se olló de todas las filas españolas é indianas, confundiéndose largo espacio con el estampido del cañon y los instrumentos de guerra.

Espediciones contra las ciudades de Jaltocan y Tacuba: escaramuzas con el enemigo. Cortés volvió á emprender el curso de sus ataques contra los pueblos mexicanos del litoral. Habiendo dejado en Tezcoco una buena guarnicion, y dado las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha con veinticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil tlascaltecas y una parte de la nobleza de Tezcoco; pero temiendo que ésta descubriese sus proyectos á los enemigos, salió de aquella ciudad sin descubrir á nadie el término de su viage. El ejército caminó doce millas hácia el Norte, sin detenerse en ninguna parte; pero al siguiente dia se dirigió á la ciudad insular de Jaltocan, situada al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado hoy de San Cristóbal, y allí fué recibido con una descarga furiosa de piedras y saetas que dirigian los guerreros de las canoas, las cuales se hallaban provistas de una endeble muralla que las defendía de la mosquetería de los extranjeros. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, vadeó el lago sin gran dificultad, aunque molestada siempre por una densa lluvia de dardos y flechas. La ciudad fué en seguida el teatro de una lucha sangrienta, donde los vencedores

tomaron amplia venganza de las pérdidas que habian sufrido en ésta y en la anterior campaña. Jaltocan quedó reducida á cenizas.

El capitán español prosiguió su reconocimiento en las inmediaciones de la capital del imperio, y en seguida encontró otras tres plazas que habian sido abandonadas por sus habitantes, á la noticia de los tristes sucesos que habian tenido efecto en la ciudad vecina: estas plazas eran conocidas con los nombres de Quauhtitlan, Tenayocan y Azcapotzalco, nombres que pronunciados todavía por los habitantes del país al designar las mismas poblaciones.

Los españoles pasaron de Azcapotzalco á la corte de Tacuba, término que se habia propuesto Cortés como un punto á propósito para establecer sus cuarteles, y aunque encontró fuera de sus murallas un ejército de indios que se disponía á disputarle el paso, cargó sobre ellos con su infantería y caballos, y en breves instantes logró ponerlos en vergonzosa fuga. En seguida entró en los suburbios de la ciudad y pernoctó allí durante aquella noche. A la mañana siguiente se presentaron en las llanuras los infatigables aztecas, quienes se hallaban dispuestos á dar batalla á sus indomables enemigos; pero habiendo salido Cortés á su encuentro con una parte de los españoles y aliados, consiguió volver á derrotarlos despues de una corta y reñida refriega. La plaza quedó abandonada al pillage; pero no contentos los aliados con haber robado cuanto encontraron en las casas, pegaron fuego á uno de los barrios con peligro de toda la poblacion, y durante los seis dias que permanecieron en ella los españoles, tuvieron continuos encuentros con los guerreros de la ciudad de México. La entrada de Tacuba fué disputada por el enemigo con una valentía digna de mejor suerte. Los castellanos experimentaron una pérdida de gente á que no estaban acostumbrados.

Una de las escaramuzas que tuvieron efecto durante la permanencia del ejército en Tacuba, pudo haber sido de muy fatales consecuencias al buen éxito de la campaña; porque engolfado el general en el alcance de los enemigos, cometió la imprudencia de internarse en la misma calzada que habia sido tan aciaga para sus tropas. Cuando los aztecas lo vieron empeñado en ella con el calor de la persecucion, se volvieron con la rapidez del relámpago y procuraron envolverlos como la vez pasada, ayudados de un resfuerzo dispuesto de antemano para auxiliar á sus compatriotas, como tambien de millares de canoas que surgian las aguas del lago á derecha é izquierda de la estensa calzada; pero las tropas españolas retrocedieron con admirable serenidad y valentía, haciendo frente al enemigo por todas partes, hasta el punto de volver á alcanzar la tierra firme, sin experimentar la menor pérdida en el número de sus filas, con excepcion de algunos aliados tlascaltecas que perecieron á manos de sus contrarios.